

041. María en la Iglesia naciente

Si queremos saber lo que significa María como *Madre de la Iglesia*, abrimos los Hechos de los Apóstoles y vemos cómo Lucas —que al principio de su Evangelio ha centrado los dos primeros capítulos en la Maternidad divina de María—, ahora nos la presenta como la Madre de la Iglesia naciente.

Los cuatro Evangelios no nos dan la vida del Señor de una manera seguida, lógica y completa, como nos gustaría a nosotros tener la historia de Jesús. Todos sus hechos son semejantes a piezas de mosaico, que nosotros, bajo la guía del Espíritu, sabemos unir para alcanzar la imagen perfecta que Dios nos quiere mostrar del Señor.

Esto es lo que nos pasa con la figura de María en el Evangelio y en los Hechos de los Apóstoles: piecitas sueltas que nos dan al fin una imagen singular y magnífica de María.

Empezamos por **Marcos**, y vemos cómo los creyentes somos la madre, hermanos y hermanas de Jesús. Ya no es la carne ni la sangre, o la generación natural de los descendientes de Abraham, lo que constituye la familia o el Pueblo de Dios, sino la fe en Jesucristo (Marcos 3,34)

Viene **Lucas**, y nos presenta a María como la gran creyente, de modo que Isabel, llena del Espíritu Santo, la colma con la alabanza suprema:

- *¡Dichosa tú, que has creído!* (Lucas 1,45)

Así tenemos a María como doblemente Madre de Jesús: como quien le ha dado su ser de Hombre, y como quien lo ha concebido por la fe más profundamente que nadie. Lucas nos hace entender perfectamente a Marcos.

María, nos dice ahora **Juan**, lleva esta su fe hasta la noche oscurísima del Calvario —durante la que no ve nada, pero sigue creyendo con fe firmísima—, y es entonces cuando le declara Jesús la maternidad espiritual sobre todos los creyentes:

- *Aquí tienes a tu hijo.*

Esto, lo que le dice a Ella. Y nos comunica a continuación a nosotros:

- *Aquí tienes a tu madre* (Juan 19,26-27)

Desde este momento, la Iglesia, representada por Juan, recibe a María y la cuida como Madre suya.

Mateo mira la fe como la estrella de los Magos, a los que guía hasta dar con Jesús, al que encuentran en los brazos de María, su Madre, la cual se lo ofrece para que lo adoren y le den el beso más tierno. De este modo, Mateo nos presenta a María como la gran dadora de Jesús a los hombres (Mateo 2,11)

Los **Hechos de los Apóstoles** nos hacen ver a María en el centro del grupo. Pedro y los Apóstoles son la *cabeza* que rigen y gobiernan, y María es el *corazón* que llena de calor a la primera comunidad cristiana. Los Hechos (1,14) la presentan *al frente de la fe y de la oración, alentando la unión de los discípulos*, primero esperando la venida del Espíritu y después viviendo el fuego de Pentecostés.

Los Evangelios y los Hechos, nacidos en las primeras comunidades cristianas como expresión de su fe, nos presentan así a María. Y así es también como nosotros la vemos, la creemos y la vivimos, pues somos la misma Iglesia que enlazamos con los Apóstoles, unidos en Pedro su cabeza.

Aunque no lo escriban expresamente los Hechos, pero, por lo que nos dice en ellos la misma Palabra de Dios, es fácil imaginarse la actitud y quehacer de María dentro de aquella Iglesia primitiva.

La vemos, ante todo, evangelizar a Jesús en los misterios de la Infancia. Todos los especialistas de la Biblia nos hacen ver cómo lo que sabemos de Jesús por Mateo y Lucas en sus primeros años tiene por fuente única a la Virgen María. Sólo Ella era la depositaria de unos hechos de Jesús desconocidos de todos. Únicamente su Madre, que había observado, meditado y guardado todo en su corazón, podía transmitirlo a la Iglesia.

María, que cuidaba de Juan como de un hijo, volvió a llevar en Jerusalén la vida escondida de Nazaret, metida en los quehaceres de casa como cualquier otra mujer, pero conocida ahora como *La Madre del Señor Jesús*, querida y venerada de todos.

María, que siguió muchos de los caminos de Jesús por Galilea, seguía ahora las actuaciones de los apóstoles de su Jesús, a los que decía lo que el Evangelio de Juan, con mucha intención, pone en sus labios como dirigido a los criados de la boda:

- *Haced lo que Jesús os diga, cumplid todo lo que Él os enseñó.*

¡Y cómo amaba a los apóstoles! ¡Cómo los miraba! ¡Cómo los animaba! ¡Cómo los bendecía!... Ahora ya no había misterios sobre Jesús, y María y los apóstoles no podían sino amarse con el mismo Corazón del querido Hijo y adorado Maestro.

Por el libro de los Hechos sabemos que todos se reunían para la Fracción del Pan, convencidos de la presencia real del Señor en la Eucaristía. ¿Cómo recibiría María a Jesús, el mismo Pan divino que se horneó en sus entrañas de Madre? Es fácil adivinarlo. La Comunión de María era por fuerza una Comunión única, y en cada Comunión quedaba María, *la llena de gracia*, colmada cada vez de una gracia creciente hasta límites casi infinitos...

El amor nos dicta muchas cosas al hablar de María. Pero, aunque pongamos en las palabras todo nuestro corazón de hijos, preferimos hablar de María así, con la Palabra de Dios en la mano. Dios no ha podido ser más claro ni más explícito. ¿Puede haber un cristiano que no quiera a María?...